

Mi hijo, personalidad borderline

TLP- Trastorno Límite de la Personalidad

Marina Foret Jimeno,

Ediciones STJ c/ Ganduxer, 85 - 08022 Barcelona

1ª edición Marzo 1999

2ª edición Septiembre 1999

3º Octubre 2000 (revisada y corregida)

4ª Edición para Web de Fundación Privada ACAI-TLP Mayo 2003

*A ti y a todos los que
te escucharon sin entenderte,
Mamá*

Gracias a Sor Genoveva Masip y a la hermana Montserrat Baró directora de ACIDH

PÓRTICO

Es la historia de una vida como hay muchas, escrita sólo para ayudar a comprender, proteger y buscar soluciones a la problemática que surge en torno al TRASTORNO LÍMITE O BORDERLINE DE LA PERSONALIDAD, TLP.

He querido dar sentido a la vida de mi hijo, a su sufrimiento y al nuestro, a la soledad en la que luchamos y a la impotencia por no encontrar recursos, comprensión ni esperanza.

Cuando murió , quise buscar lo que no encontré para Riki, el lugar adecuado, el centro educativo o de rehabilitación, adaptado a u trastorno con la terapia adecuada , el trato digno y humano que necesitaba, personas que supiesen comprender sus crisis, neurosis o psicosis y toda la complejidad de su conducta, sensibilidad y soledad.

Nadie entendía a Riki y me preguntaba los motivos de su aislamiento y las críticas que recibió. Ahora no me importa lo que piensen, no tengo nada que perder; Riki ya no está.

Médicos, Asociaciones, Fundaciones, programas de radio que me daban alguna orientación, caminos sin salida, consejos y esperanzas que desaparecían. Siempre tuve la seguridad de no estar sola, encontraría otras familias que no conocían las consecuencias del TLP y se harían las mismas preguntas, buscando soluciones.

Escribí para los amigos, quería que comprendieran por qué la vida de Riki había sido tan compleja, dejando constancia de su esfuerzo por vivir como los demás y la imposibilidad de conseguirlo. Me pedían copias, aceptaban educadamente mi escrito, agradeciendo o compadeciendo mi dedicación como si con ello encontrara una forma desesperada de mantener vivo su recuerdo y no era ésa mi intención. Horas escribiendo y simplificando para llegar a un relato sincero y sencillo. Una vez editado el libro creyeron que acababa mi dedicación y era sólo el principio.

La burocracia no entiende el sufrimiento. Lenta, complicada y necesaria, ocupa un tiempo que se hace eterno para quien necesita ayuda urgentemente, ante el agotamiento y la impotencia de las familias que necesitan ayuda para ellos y el hijo TLP.

Hemos formado una asociación (hoy Fundación) y fomentado otras en toda España , con familias, voluntarios y profesionales. Conocemos las necesidades y cada llamada con las mismas angustias y dudas nos da la medida de la necesidad por conseguir pronto las respuestas adecuadas que esperan y necesitan.....

Gracias a todos los que han confiado en nuestro Proyecto aportando esfuerzo y tiempo- a pesar de estar viviendo momentos muy duros- y a las aportaciones de colaboradores .

Cualquier otro logro por esta causa es también para nosotros, con la misma finalidad de ofrecer un futuro digno para el TLP y la esperanza de una sociedad concienciada en reducir este sufrimiento, investigando y luchando por ello.

Fundació Privada ACAI- TLP

d' ajuda i investigació del Trastorn Límit de la Personalitat.

Nif - G 62932405

Teléfono 93 2035225

fax 932045736

www.acai.tlp.com

[http:// usuarios.discapnet.es/border/](http://usuarios.discapnet.es/border/)

Marina Foret Jimeno

Presidenta

PRÓLOGO

Probablemente, ningún diagnóstico en psiquiatría es tan complejo como el del paciente borderline. A menudo se llega a esta conclusión, después de otros diagnósticos parciales -«fracaso escolar, hiperactividad, depresión, abuso de drogas, bulimia y anorexia, fobias...- que no eran más que distintas caras de este poliedro complicado que es la personalidad borderline. Y si complejo es para el profesional, más lo es para la familia y sin duda para el propio paciente.

No se entienden los cambios bruscos de humor, la impulsividad, la inmediatez en todo o la poca tolerancia a la frustración.

El paciente ya no sabe cómo reconocerse y pierde sus propios referentes e identidad. El grado de sufrimiento es elevado y las vías de escape múltiples y polimorfos.

He leído el libro de Marina Foret. Es el testimonio de una madre -extrañamente sincero- que padeció el problema. Lo he leído con emoción y con rabia. Emoción en el recuerdo y rabia por lo poco que hicimos -o podemos hacer- generado por una falta de comprensión, de la que si somos realmente sinceros, todos somos partícipes.

Dr. Francisco Sabanés Magriña

INTRODUCCIÓN

Fortaleza de madre

Marina, me has pedido que escriba unas palabras sobre tu libro y éstas van dirigidas al lector.

Tienes en tus manos un libro diferente a todos los que has podido leer tanto en biografías como en psicología.

Un libro que no está escrito ni por profesionales ni por científicos, pero que a mi entender refleja el trastorno de la mente y de la personalidad como no lo ha hecho ningún otro.

Es un libro escrito desde la experiencia de una madre enfrentada día a día con la impotencia de no poder hacer nada por un hijo, y a quien la barrera de una personalidad diferente no le permite comunicarse con el ser a quien ella más quería. Marina refleja en sus escritos todo cuanto una madre es capaz de hacer por un hijo y es el símbolo de la fortaleza en la lucha diaria, sin darse jamás por vencida.

Su espíritu de observación, su delicadeza y amor de madre, la hacen capaz de penetrar en el misterio de la mente de su hijo, explicando, de forma descriptiva, sus sentimientos y sus conductas, toda su personalidad, propia de una mente marcada por el misterio del no reconocimiento del propio yo. La ciencia lo estudia dándole infinidad de nombres, según las manifestaciones de la conducta.

Estamos ante el gran misterio de la vida humana al que todos deberíamos penetrar de puntillas y más aún cuando se trata de vidas que han perdido su propio sentido, porque algún trastorno de su mente les ha negado la capacidad de autorrealización; y porque no saben ni a dónde van ni qué quieren.

Gracias, Marina, por tu fortaleza, gracias, porque estoy segura de que tus escritos nos ayudarán a los profesionales de la psicología a entender mejor a las personas como Ricky. Y a muchos familiares de estas personas les podrá ayudar a aceptar plenamente estas vidas diferentes pero sagradas a las que estamos obligadas a acompañar para ser un poco de luz en su camino, ese camino que han perdido.

Montserrat Baró

PRESENTACIÓN

Éste es mi testimonio.

Estas páginas no serán más que una vida condensada en unas horas profundas resumidas al máximo. Si contara muchas anécdotas vividas con mi hijo podría llenar muchas páginas y no es ésa mi intención.

Sólo pretendo exponer los problemas que se pueden derivar en una familia cuando uno de sus miembros padece un "trastorno límite o borderline de la personalidad", TLP. En estos momentos ignoro la cantidad de personas afectadas o que puedan compartir conmigo una serie de vivencias semejantes.

Mi hijo Ricardo -Riky para los amigos- murió hace tres años, accidentalmente. Tenía 26 años.

Recuerdo que todos nos esforzamos por intentar entenderle. Los últimos 13 años de su vida fueron un continuo sufrimiento e incomprensión , a pesar de los enormes esfuerzos que todos hacíamos, buscando nuevos caminos para mantener el equilibrio personal y familiar.

A través de mi hijo supimos lo difícil que es compartir la vida con un TLP. El vacío total de información y apoyo. El brutal rechazo hacia el mundo desconocido de las enfermedades mentales . Juicios y críticas fáciles, dificultad para buscar ayuda... La influencia del odio o del afecto que puede inclinarlos a salir a flote o a hundirlos aún más.

Aprendimos la práctica, ignorando la teoría o el diagnóstico. Nos sentíamos solos, sin conocer a otras personas en situaciones semejantes para poder compartir nuestro desconcierto con ellas. No teníamos soluciones ni nadie nos las daba, temíamos el futuro..... Sólo el inmenso cariño, nos daba fuerzas para seguir más allá de la razón.

Las visitas al médico ocupaban una o dos horas semanales. El resto de las horas y de los días mi hijo seguía viviendo en una sociedad que no le comprendía.

Para que un TLP (con estas características) no caiga en una vida marginal se necesita un tratamiento multidisciplinar : terapia, medicación, ayuda familiar y..... suerte.

No busco justificaciones, ni culpabilidades. Un TLP es así , por alguna razón que nosotros desconocíamos. Ante una responsabilidad, se hunde; una brisa se convierte para él en huracán. Cualquier persona no- TLP, resolvería los problemas que a él le afectan tanto sin dificultad y le parecerá ridículo que vea problemas en cosas insignificantes. Desconocen la dificultad que tiene para superarlo.

Siempre afrontando miedos.... es consciente de ello , con un coeficiente mental normal o alto, debe esforzarse para conseguir las metas diarias que para otros son normalmente superables sin dificultad. La simple convivencia de cada día es un

reto . Su necesidad de sentirse continuamente aceptado le lleva, precisamente, a lo contrario.

Crece en él un sufrimiento silencioso y escondido, complicando su vida y la de los que con él conviven , provocando, a veces, el rechazo de su entorno . Familias que no han sabido o no han podido encontrar una solución.

No es fácil. Como otras madres , me he hecho muchas preguntas, tantas que aun no teniéndolo ya a mi lado, sigo formulándomelas. Es lo que quiero hacer en este libro, con la esperanza de que alguien, cuando lea estas líneas, se sienta un poco más comprendido , encontrando la forma de hacer su vida más llevadera y serena.

Quizás hay muchos TLP incomprensidos, tal vez no diagnosticados. Los libros, no siempre dan la solución , te parece que cualquier patología te sirve, en todas encuentras algún rasgo de la persona afectada.

Intentas vivir al día , sin plantearte demasiado el futuro, porque no sabes qué pasará mañana. El TLP rompe todos los esquemas. En ocasiones me parecía estar sumergida en un mundo sin sentido, luchando contra lo inesperado :

¿Qué pasará cuando no esté con las personas que intentamos protegerlo?, ¿por qué interpreta mal las cosas?, ¿qué mecanismos influyen en sus cambios continuos?, ¿por qué, si es inteligente, no es capaz de cambiar de actitud?

Estas líneas que vas a leer a continuación, están escritas con el corazón, buscando recuerdos en un mundo vivido con todo el dolor por no haber podido hacer nada más, pero con la paz de saber que hicimos todo lo que supimos y estaba en nuestra mano, en nuestro entorno y con nuestras limitaciones. Intentamos llenar con comprensión el vacío de nuestro hijo que, como otras personas TLP, viven en ese límite entre la normalidad y la locura, en una tierra de nadie, necesitados de que les demos la mano.

Sólo conociendo su incapacidad para comprender, juzgar o reaccionar, sabremos perdonarles.....

1. La infancia de un ser especial

Siempre recordaré aquellos ojos suyos atentos y un poco asustados, a veces con la mirada perdida. Parecía que esperara que uno leyera en ellos lo que él era incapaz de expresar.

Escuchaba siempre con una gran atención todo lo que le decías, pero daba la sensación de que no había prestado atención o no entendía.

Obediente hasta la sumisión, entregado y sufrido, como un frágil regalo, misterioso y cerrado.

Una presencia invisible; jamás molesta y parece seguirte como una sombra a donde vas. Se queda, después, donde tú lo dejas, sin quejarse, sin pedir ayuda.

Parecía esperar que le organizaran sus movimientos, que decidieran por él, que eligieran su vida, juegos, lecturas, trabajo, comida y ropa. Una vez decidías por él, todo lo aceptaba.

Había en él siempre una calma indefinible, un silencio con palabras. Sentía a su lado como un muro impenetrable, nunca explicaba lo que sentía, no expresaba nada, ni bueno ni malo. Me sentía incapaz de saber lo que había en su interior.

A ratos parecía feliz pero asustado al mismo tiempo. Iba observando sus cambios al crecer. ¡Lo veía tan sensible!

Respiraba paz y tranquilidad. Prefería la soledad al bullicio. Compartía, dando a cambio su atenta presencia .

Tardaba en madurar.....

Intuí que parecía estar siempre temiendo algo. Iba adivinando sus emociones. Me parecía que le asustaba crecer y enfrentarse al mundo.

Su aspecto era saludable.

Observándolo, estudiando sus reacciones, guardaba mis temores y presentimientos. Me asustaba algo, que no podía describir. Lo comparaba con sus hermanos : «Cada uno diferente. Sabía cómo eran , para orientar sus inclinaciones y energías. Pero él parecía que no iba a ninguna parte. ¿Qué ocurre?»

Riky fue siempre el más fácil de convencer. Demostraba una gran inteligencia , con gestos que una madre sabe captar.

Sus besos y abrazos, eran fuertes, penetrantes. Largos abrazos y húmedos besos que ¡expresaban tanto sin decir nada!

Empezaba a ver que era «diferente». No podía definir cómo ni porque. Teniéndolo tan cerca , me parecería distante.

No me sentía preocupada, vivía feliz con la tranquilidad del que no sabe nada.

Así es como recuerdo al niño que fue mi hijo: una mezcla de poesía y realidad...

Patoso y bruto. Cariñoso y sensible. Tan pronto golpea las paredes, tira platos al suelo, divertido cuando acaba de comer, rompe los barrotes de la cuna intentando escapar, pinta las paredes con bolígrafo o se muestra quieto y tranquilo, como cualquier niño. No recuerdo rabietas , caprichos ni enfados exagerados.

Tenía la docilidad y dulzura de un niño muy especial. Me parecía extraño que nunca pidiera nada, como hacían sus hermanos. La carta a los Reyes, pidiendo regalos, la escribía yo , el no quería intervenir, no le importaba.

Obedecía de una manera mecánica, con una gran docilidad, sin discutir jamás una orden.

Esa extraña «perfección» llegó a asustarme. ¡Daba tan poco trabajo, tan pocos problemas!

2. Adolescencia y cambio

Cuando tuvo que empezar a decidir por sí mismo, el mundo se le vino encima poco a poco.

Paulatinamente, se borró por completo el cuadro de una personalidad que yo creía encauzada, aunque sin saber muy bien hacia dónde. Era como si se percibiera a sí mismo invisible en el mundo que le rodeaba. Una enorme inseguridad le hizo caer en un torbellino, un círculo cerrado en el que se sentiría ya atrapado el resto de sus días y del que jamás supo salir.

Se quedó, sin personalidad. Sin color. Lo tomaba -como los camaleones- del primero que se lo quisiera dar, de la persona que se le acercaba.

Los consejos que nos sentíamos obligados a darle ahora se deslizaban sobre él como si llevase una coraza. No decía nada, no protestaba... y seguía mirando, a veces ,con esa mirada vacía que yo interpretaba como ausencia de interés o miedo. Seguía sin expresar lo que sentía. Aumentaron su angustia y autocrítica.

Recuerdo muy bien cuando percibí realmente algo extraño que no sabía definir ni catalogar.

Lo encontré acurrucado y asustado encima de la cama. Sudaba y lloraba pidiendo ayuda sin explicaciones. Me sentí desorientada e impotente, sin saber qué hacer , lo tranquilicé como supe y pude, con cariño.

Después de esa primera manifestación, volvió la calma... aparente. Nunca volvimos a mencionar ni él ni yo aquella crisis de angustia descontrolada. Tenía solo trece años.

Estudiaba bien, con buenas notas, responsable, obediente, deportista. Sus maestros estaban satisfechos, y nadie tenía quejas de su conducta.

Algunas excentricidades a las que no hacíamos caso, como no aceptar que sus amigos viniesen a casa. Nunca quiso fiestas ni regalos. Parecía seguir línea de timidez y aislamiento que observaba en su infancia, sin dejar de ser sociable,

cariñoso y muy servicial. Aumentaba esa docilidad exagerada. Me asustaba que fuera tan manipulable. Pensaba que era cuestión de inmadurez.

Inteligente y muy observador, seguía guardando sus sentimientos como si no pudieran interesar a nadie. No quería o no sabía compartirlos. Cercano y distante pero siempre necesitado de cariño.

Notaba su aislamiento, demostrando una extraña timidez, creyéndose despreciado y odiado por todos.

Fui percibiendo que le costaba a veces demasiado explicar una película o comprender un libro, como si por momentos estuviese bloqueado. Sus lecturas favoritas seguían siendo -y lo fueron siempre- muy infantiles: Tintín, Asterix, Mafalda... Le oía reírse con las historietas más simples. Le acompañaban a menudo manuales de autoestima. Los releía mil veces, siguiendo sus consejos con disciplina militar. Buscaba tantas respuestas...

Realmente encantador, capaz de formar un corro a su alrededor con amigos que reían sus ocurrencias, necesitaba sentirse el centro de dónde estuviera, ser querido y admirado, compensando la inseguridad que le asustaba, la contrarrestaba con actos heroicos a su parecer o barbaridades sin lógica para demostrar que era alguien.

Imitar y hacer bromas para llamar la atención se convirtió para él en una costumbre. Pero... en cuanto llegaba a casa, se encerraba en su cuarto a llorar. Vivía una comedia y no sabía cómo salirse de su propia trampa.

A los quince años empezó a tener sus primeras rebeldías, para mí más normales que su docilidad excesiva.

Cada decisión era una duda. En algunas situaciones, costaba ver con claridad dónde estaba su decisión y dónde nuestra influencia. Había sido más fácil educarlo cuando era tan sumiso.

Lo que nunca había imaginado era el caos que se nos venía encima. Más distante y cerrado, se iba ampliando el archivo de rarezas. Anécdotas diferentes que se repetían cada vez más a menudo.

Había sido la sombra de sus maestros; le angustiaba salirse de las normas. En esta situación la educación se hizo cada vez más difícil y fue expulsado del colegio. El padre rector nos dijo que tal vez era cuestión de buscarle un colegio más pequeño en el que se pudiera ver atendido de una forma personal, lo que él necesitaba. Nos comentó que en sus muchos años dedicado a la educación sólo había visto otro caso semejante y nos aconsejó visitar a un psiquiatra. Empezó la peregrinación en busca de ayuda. Las visitas al nuevo colegio eran casi diarias.

Riki buscaba un camino por dónde seguir y sentirse cómodo. Pero se negaba a escuchar los consejos que le dábamos. Parecía no entender, ni saber lo que debía hacer: cómo encauzar su vida.

Daba la sensación de limitarse a vivir el presente como un eterno niño asustado que no quiere crecer y se conforma dejándose llevar, como un autómata de costumbres y rituales en una vida sin futuro.

En una ocasión, lo oí llegar riendo a carcajadas contando un chiste. Pero sólo entrar se echó a llorar. ¿Qué ocurrió? Nunca llegué a saberlo. Oyó algo que le sentó mal. Cambios bruscos de humor que quizás eran debidos, al dolor que le producía su propia debilidad y fracaso. Le humillaba pedir ayuda y me quedaba sin saber la causa de su amargo llanto.

Parecía no saber el sentido de los valores. Confundía y mezclaba sentimientos y emociones, tiempo y espacio, amistad y odio, dar y recibir, prudencia y peligro, comer y abstenerse.

Todo empezó a ser cada vez más confuso, como si las barreras que controlan los sentimientos fueran para él inexistentes y el mundo de valores y medidas flotase en su mente sin una razón para ser utilizados.

Ese caos de emociones, con altos y bajos, sin término medio, empezó a marcar su vida y conducta desde ese momento, su adolescencia.

En ocasiones era consciente, pero incapaz de controlarse y después de tener reacciones anómalas se asustaba, sufría y lloraba.

Dejó de hacer deporte, le daban miedo las competiciones, temía hacerlo mal. Huía de responsabilidades.

Seguía callando, ocultando que se sentía fracasado y mal consigo mismo. Yo lo notaba...

Con sus gracias ya no era el centro de los amigos y creyó que lo despreciaban. No se valoraba incapaz de saber lo que quería.

Su paga semanal se la gasta en cosas inútiles. Yo me enfrentaba con él de todas las maneras posibles para acostumbrarle a administrarse . Pero todo era inútil. Lo deje unos meses con lo imprescindible y no aprendió. En cuanto pudo, volvió a las compras sin sentido, compraba cosas que no necesitaba. Decido dejarle sólo una cantidad mínima de dinero con la que dar una paga y señal y yo iba después a pagar el resto.

A su padre lo adoraba y admiraba . Eso hacía que quisiera imitarle, siguiera sus aficiones, al principio con verdadera ilusión. Pero impotente ante el deseo de ser como él o no saber cómo tenía que ser. Empezó a sentir una mezcla de amor y odio.

Buscaba su identidad en los demás. Se miraba en ellos como en un espejo. Se convirtió en una persona resentida. Sentía celos de los logros ajenos , acomplejado por no ser perfecto. Captaba o imaginaba mensajes que otros ignoraban.

Sentía un vacío que no sabía explicar, ni dónde buscar ayuda. Sufría al sentirse diferente de los demás en algunos aspectos, pero por orgullo no demostraba su inferioridad y luchaba por salir él solo del pozo sin fondo en el que se estaba hundiendo.

Yo era consciente de que algo estaba ocurriendo, procuraba demostrarle un cariño que no me servía de mucho. Me costaba entenderle y demostrarle que lo intentaba. Llegó a hacer cosas extrañas. Por la calle, se colocaba unos metros por detrás de mí, temía encontrar a amigos; no quería que le vieran conmigo, quería demostrar así que ya era mayor, independiente.

Su habitación era su refugio. Una vez quiso ponerle una decoración personal y nos prohibió entrar durante tres días. Colocó cosas absurdas, cambió otras de lugar. Por fin, en un arranque de rabia, lo arrancó todo y la dejó desnuda de cuadros y carteles, quedaron señales de chinchetas y restos de papeles. Sólo permanecieron intocables el radio- casete y televisor, el cenicero y sus libros. Ésa fue la decoración que le acompañó siempre, para mi un fiel reflejo de su estado de ánimo y personalidad.

Empezó a encerrarse y quedarse solo. Estaba mucho tiempo aislado y de repente, salía y actuaba de manera descontrolada, contando chistes, riendo a carcajadas, haciendo bromas , intentando siempre llamar la atención, queriendo ser el centro. Era un modo de tapar sus miedos y la honda tristeza que ocultaba. Se notaba cuando estaba solo.

Pasaba horas acurrucado encima de la cama, en posición fetal, buscando inconscientemente esa protección materna , donde nada hay que decidir. Sólo dejarse llevar.

Dejó de estudiar. No encontraba sentido a nada. Perdió la ilusión por todo.

Empezó a tener brotes depresivos, anorexia, conductas impulsivas. Incapaz de memorizar cosas sencillas o de recordar un problema que había resuelto el día anterior.

Todo esto le fue llevando a una agresividad sin motivo, a acciones ilógicas. Largas conversaciones con apariencia de profundidad pero de un contenido incoherente.

Si algo había hecho mal, culpaba a los demás. No nos atrevíamos a corregirle, le reñíamos, pero no aceptaba castigos ni reproches. No sabíamos cómo actuar, por temor a sus reacciones. Fué acrecentándose un enfrentamiento constante y que nos llevaba a un distanciamiento cada vez mayor.

Parecía inútil dialogar o razonar con él. Hacía lo contrario de lo que le pedíamos, actuaba sin poder evitarlo, como un robot programado.

Cuando quería algo , tenía que ser inmediato.

Vivíamos situaciones de angustia, ansiedad, paranoias, agresividad o depresiones, en pequeñas o grandes dosis. Siempre mezcladas con períodos de absoluta normalidad.

Un círculo que se repetía sin razón aparente.

Su comportamiento no era bueno ni malo. Era, simplemente, absurdo.

Al cumplir los dieciséis años ya habíamos empezado a visitar psicólogos y psiquiatras y lo seguimos haciendo el resto de su vida.

Con todas estas características repetidas hasta la saciedad, ratos amargos, algunas satisfacciones y muchos problemas, con mucho sufrimiento por su parte y por la nuestra, llegamos a sus veinte años.

Fue entonces cuando, por primera vez, oí la palabra que diagnosticó lo que tenía mi hijo. Tenía un trastorno borderline o límite de la personalidad, TLP

3. Aspectos o apariencias de normalidad

Curiosamente él vivió siempre -aunque no lo reconociera explícitamente- consciente de las distintas facetas por las que atravesaba. Una de ellas era la de la absoluta normalidad.

Tenía infinidad de momentos en los que razonaba, conversaba correctamente, trabajaba y planeaba su futuro, como cualquier adolescente sin ningún impedimento.

Quien le conocía en estos momentos no podía creer ni aceptar que hubiese anormalidades en su conducta .

En estas etapas entendía perfectamente cualquier teoría sobre los comportamientos, aceptaba la categoría de los valores morales o materiales, era incluso capaz de dar consejos. Pero cuando llegaban los otros momentos aquellos mismos consejos eran olvidados , no se sentía capaz de aplicárselos.

Sin defectos físicos ni apariencia de anormalidad en ningún aspecto. Se manifestaba entonces como una persona agradable, con sentido del humor, cariñoso y alegre; capaz de ganarse a cualquiera. Dotado de cualidades para el deporte, aprendía las cosas con facilidad. Le encantaba la música, rápido de reflejos, tenía facilidad de palabra. Se mostraba en todo normal e inteligente. Sabía hacer amigos, buenos amigos. Conquistaba a las chicas fácilmente.

No era en absoluto agresivo, mostraba una gran paz y tranquilidad. Al principio, y sin conocer bien los problemas de este trastorno llegamos a creer en que había superado sus dificultades y problemas, olvidando la angustia de no saber cómo entenderle. Yo creía en estos períodos de calma, que había recobrado la normalidad.

Pero pronto empecé a darme cuenta de que no era sino una fase más dentro de todas su anomalías: la etapa de la normalidad.

En una de estos momentos aprobó su permiso de conducir al primer intento. Compró pocos días antes el manual, y lo asimiló rápidamente. Era la demostración de que estaba pasando una buena temporada.

Con el tiempo me decidí a tomar esos días, que se repetían de vez en cuando, como un respiro. Sabiendo que volverían los sufrimientos, saludaba la «normalidad» como una puerta abierta hacia la esperanza, sin la cual nadie puede vivir. Aprendí a aceptar la parte sana de su personalidad que me mostraba esporádicamente. Y la gozaba recuperando fuerzas.

4. Las distintas fases de la anormalidad

Era consciente de que debía convivir con otras etapas que me mostraban un hijo totalmente distinto.

Trataré de describir la anormalidad de alguna manera, desde mi experiencia y lo que podía percibir en él, apoyándome en los diagnósticos de los médicos que ponían nombres a sus conductas.

Depresión y esquizofrenia

Ambas enfermedades se dan la mano. Parece como si cerraran el círculo de las angustias que se iban agolpando. Son los dos extremos.

Cuando estaba depresivo permanecía horas con la luz apagada, pero con la radio y la televisión encendida. Encerrado en su habitación, perdiendo la noción del tiempo, del día y de la noche. Salía a comer cuando sentía necesidad. Incapaz de dialogar, no atendía a consejos ni a riñas. Únicamente quería permanecer solo y encerrado.

Se quedaba acurrucado en la cama, chupándose los dedos, ausente, como en un letargo que no se sabía cuándo iba a terminar. Una total apatía que rozaba con el autismo. No quería molestar ni que le molestaran. Sin ilusiones, se limitaba a ser espectador de la vida. Estas caídas eran brutales y los esfuerzos por salir resultaban dolorosos. Buscaba inconscientemente la muerte. Noches sin dormir, en las que necesitaba hablar. Me venía a buscar y teníamos largas charlas buscando sentido a su vida. Intentaba controlar tanta desesperanza.

Notaba que su mundo interior no encajaba con la sociedad que le rodeaba, intentaba buscar otro más sencillo, sincero y verdadero.

No sabía cuál era su lugar, se sentía tan vacío, triste y solo. Actuaba en cámara lenta.

Sus silencios y su tristeza eran muy expresivos, con pocas palabras expresaba todo su dolor.

De repente y en cualquier momento, podía aparecer la fase totalmente opuesta, sin previo aviso ni cambio paulatino: la hiperactividad y la euforia. Súbitamente se sentía capaz de todo, de estudiarlo todo, de planear una serie de cosas. Incluso de ayudar a los demás.

«Déjame en paz» era todo el diálogo que podíamos tener con él cuando la violencia lo descontrolaba. Yo fui aprendiendo a mantenerme aparentemente al margen, disimulando siempre, con excusas, mi presencia que tanto le irritaba.

Llegaba a echar espuma por la boca, saliva que la rabia no le dejaba tragar. Ponía la radio a un volumen ensordecedor. «¡Quiero irme! ¡No aguanto más!», repetía, dando zancadas de un lado a otro y gesticulando de forma amenazadora, rojo y desencajado. ¿Qué había pasado? Nos lo preguntábamos y no sabíamos dar ninguna respuesta. Porque un momento antes se había duchado normalmente, nadie le había dicho nada, no habían mediado ni llamadas ni una provocación de ningún tipo.

Yo intentaba detenerlo, cerraba las puertas con llave para que no saliera en esas condiciones temiendo que le pasara algo. Me insultaba, renegando. Dejaba que explotase, hasta que, poco a poco, cansado de llorar y gritar, me abrazaba sudoroso y arrepentido. Sufría porque no quería hacernos daño, ni sabía a dónde quería huir. «¿Qué me pasa, mamá?», me decía angustiado. Pero yo no tenía respuesta.

En estas circunstancias rompió varias veces la puerta de su cuarto a patadas y portazos.

En otra ocasión mi negativa para ir a ver un rally le hace reaccionar de una forma tan violenta que casi me ahoga reclamándome las llaves del coche. Esa vez no pude evitar el ceder a su fuerza. Sabiendo que no estaba bien y que era un peligro temí por su marcha, pero no se lo pude impedir.

Observaba en silencio esas crisis y sólo me consolaba saber que aún estaba en casa.

Sin freno, incontrolable como un fuego de artificio, se olvidaba de sus tristezas, parecía otra persona. Pretendía hacer varias cosas a la vez. Sufríamos cuando estaba en la sima de la depresión y cuando subía la cumbre de la euforia nos agotaba a todos. Hablaba sin parar, se iba de un tema a otro. Hacía esfuerzos

excesivos. Llegaba a hacer doscientas piscinas y el monitor tenía que obligarle a salir.

Hasta que un día llegó la esquizofrenia, desconocida para mí.

Perdió por completo el contacto con la realidad. Tenía conductas irreales y desproporcionadas , reacciones extrañas. No era él mismo. Estaba fuera de la realidad. Huía del color rojo, se culpaba de las guerras, todo el cuerpo le sudaba de angustia. Llegó a no querer ver a nadie. Quería matar a quien hiciese llorar a su madre.

Internado 15 días en una clínica, pasaba horas bajo la ducha intentando despejarse del efecto de los sedantes.

Tardó un mes en recuperarse. Conocimos una nueva etapa en la que fue necesario controlar su medicación con mucho diálogo y terapias para reconducir su mente hacia la realidad.

Su aspecto físico variaba de la dejadez más absoluta en la depresión , sin ducharse y con la misma ropa sucia. Superada la crisis pasaba a la pulcritud más exagerada duchándose varias veces al día con el consiguiente cambio de ropa.

Paranoias

Era el momento de las interpretaciones desenfocadas. Se montaba sus propias películas, tenía obsesiones, celos paranoicos. Veía ofensas y peligros por todas partes. Se creía sus propias mentiras igual que un niño pequeño cree no ser visto por los demás cuando se tapa la cara.

No veía la realidad más cercana , se creía otra. Negaba haber visto un jersey que llevaba puesto. Negaba fumar y tenía que sacarse el cigarrillo de la boca para poder hablar. La realidad quedaba absolutamente ofuscada para él.

Le contaba al doctor las cosas a su manera, absolutamente distintas de lo que eran en la realidad. Sólo conviviendo con él, se podía dar uno cuenta.

Su conducta era completamente desconcertante. Se escapaba de clase porque decía que tenía que tomar el sol. Le cerraban las puertas y buscaba desesperadamente la forma de salir, como si su vida dependiera de ello. En ese momento su obsesión.

Por un pequeño grano en la cara, no sale a la calle.

Caprichos y obsesiones que le angustiaban y no se le podían negar. Durante unos días llenaba la bañera a las seis de la mañana o se empeñaba en ponerse una prenda de vestir y la sacaba mojada de la lavadora . Aunque tuviera muchas más, quería aquella precisamente, y en aquel momento. Era inútil razonar con él. Manías y rituales y no podíamos cambiar.

Llegamos verdaderos apuros ; una vez tuvimos que irnos de un restaurante, porque se empeñaba en que todo el mundo le miraba y estaban hablando de él.

Era la etapa de los temores y la manía persecutoria. Controlaba todas las llamadas telefónicas, temiendo siempre que conspirasen contra él.

Llego a irse de Barcelona a Gerona, con su moto y sin previo aviso. El motivo era haber visto un coche con la matrícula de esa ciudad. Como es lógico, no le esperaba nadie, ni sabía a dónde ir, ni tenía nada que hacer allí.

Por su inseguridad llegaba a pedirnos opinión en algún momento ya que dudaba si su interpretación era buena. Pero aunque escuchaba nuestro consejo, lo olvidaba al momento.

Quería ser aceptado por lo que era y no por lo que tenía y se vestía o se ponía unas zapatillas de tal modo que pensasen que no tenía nada.

Vacía toda la ropa del armario sobre la cama, cuando no sabe qué ponerse.

Aficionado a la caza, en una ocasión, disparó sin apuntar - aquel día no quiere matar al animal- y asustado se santiguó y escondió detrás de unas ramas para no hacer evidente su engaño , mientras su padre le observa con tristeza. Pero días más tarde volvería a cazar, feliz, sin recordar ese episodio .

En una ocasión lo encontré rezando con los brazos en cruz con un ritual determinado, pidiendo para tener suerte ese día. Distintos rituales para llamar la

atención para conseguir un éxito y una aceptación que él mismo, sin querer, se negaba.

Le atrae lo prohibido: los suéter de su padre, la bolsa de su hermana, el coche de su tío.

Bulimia y anorexia

Temporadas en las que comía con ansia unas cantidades increíbles. Se llenaba el plato como si fuera para un perro. No había modo de convencerle de que no lo hiciera. Lo mezclaba todo y cogía con las manos. Lógicamente repercutía en problemas digestivos y continuas gastritis. Una pizza que había que cocerla, no podía esperar y se la comía cruda. Después le cogían grandes dolores de estómago, se asustaba, como característica propia de la bulimia, tomaba cantidad de medicamentos, laxantes o para el estómago y volvía a comer. Todo ese comportamiento le producía un gran malestar y angustia, pero era incapaz de controlarlo.

Llegó a comerse ocho hamburguesas ante la atónita mirada de sus hermanos. Cuando éstos o se reían o se enfadaban con él, no entendía el porqué. Simplemente decía que «tenía hambre». Incluso los dejaba a todos sin comida y sin el más mínimo remordimiento. Lo encontraba natural. Llegó a perder el sentido del gusto, no veía la diferencia. Todo era «comida». Y eso le bastaba.

Con los hermanos era muy difícil exigir comprensión y llegaron a tirarle un plato a la cara por no poder soportar su ansia de comer. Un día que celebrábamos un cumpleaños y estaba preparado el pastel en la cocina. No tuve la precaución de guardarlo, y al llegar el momento de servirlo no quedaba más que un trozo, el justo para colocar las velas.

Pero, cuanto más se enfadaban sus hermanos, él se sentía peor. Se encerraba en su cuarto. Comía a deshoras, dejaba los platos con restos de comida que se llenaban de hormigas, sobre la mesita se veían mezclados zumos de fruta, el cenicero desbordante de colillas, etc. La ropa de la cama era un muestrario de lo

que comía. Yo entraba en su cuarto cuando él no lo advertía y le arreglaba las cosas, sin reprocharle nada. ¡Era ya tanto lo que había que reprocharle!

En algunos momentos no dejaba entrar a nadie. Y entonces el olor se hacía insoportable. Su abandono físico iba siempre unido a estas crisis y había que esperar a que pasaran para poner remedio a tanta falta de higiene.

Aumentaba su peso de forma exagerada y tenía que comprarse ropa nueva varias tallas mayor.

Repentinamente, un día surgía el extremo contrario, la anorexia. Se negaba a comer, alegando que estaba gordo. La primera vez nos asustamos mucho. Empezó a perder rápidamente kilos. No hacía más que beber agua y pesarse muchas veces al día. En un arrebato, cogía los suéter y los cortaba por la cintura. Le quitaba a los pantalones el forro porque decía que le hacían más gordo. Su obsesión, entonces, era el verse grueso y el empeñarse en adelgazar como fuese. No podía cambiar esa actitud.

Pero... como había empezado, acababa. Repentinamente decidía comer normalmente, sin más explicaciones, como si se hubiera borrado de su mente la obsesión de sentirse "gordo" y dejar de comer. Nos acostumbramos a no pedirle explicaciones ni mencionarle nada cuando veíamos que lo había olvidado.

Con estas alternancias, uno se acostumbra -no sin verdadera angustia- a pensar, «¿qué tocará mañana?»

Para ser prácticos, tenía previsto en su armario ropa de tallas muy distintas por arriba y por abajo de lo normal.

Psicopatía y tratamiento médico

Durante la época de sus estudios en los que comenzó a tener síntomas extraños y no memorizar, busqué ayuda psiquiátrica. Tomó muchas medicaciones. Era muy inteligente y burlaba nuestra vigilancia dejando de medicarse. Únicamente cuando las crisis le hacen la vida insoportable, acude dócilmente al médico y cumple sus prescripciones. Pero hay que estar pendiente de sus medicamentos, se

hace complicado seguir sus estados de ánimo que exigen pasar de los antidepresivos a los calmantes. Hay que supervisar diariamente, anotar cada semana las modificaciones, estudiar sus comportamientos y consultar con el doctor ante cualquier urgencia. Vigilando también que no utilice mal las medicaciones.

Tomaba comprimidos para dormir, tranquilizantes, para las gastritis, las paranoias, la angustia... ..

Acabó perdido , sin más ayuda que la que podíamos darle pagando... Y todos nos vimos rodeados de incomprensión y críticas. Es fácil culpabilizar a los padres cuando no se vive de cerca un problema así. Nos preguntábamos cómo habíamos sabido educar a los otros tres hijos y con Riky encontrábamos esa resistencia.

Me dediqué a leer libros de psiquiatría , para ir conociendo la teoría de los distintos diagnósticos. No era capaz de asimilar uno cuando ya adquiría otro. Llegó a parecerme que vivía una pesadilla sin fin.

Con el tiempo he entendido que unas horas semanales son insuficientes para asegurar este diagnóstico. Hay que vivir con ellos. Dependiendo de la fase que este pasando o la forma en que - por sus características- disimula intentando manipular al psiquiatra o psicólogo explicando a su modo las causas de sus problemas y culpabilizando generalmente los demás o si las visitas coinciden con días de absoluta normalidad, la culpabilidad recae en la histeria familiar y demuestra que es necesario un internamiento adecuado en el que se pueda estudiar su conducta sin depender de la interpretación de la familia la cual - no es profesional- y no solo sufre las consecuencias de esta conducta .Se siente también culpable y responsable de una situación en la que debe controlar lo incontrolable sin saber como debe hacerlo o asumirlo.

Al cabo de un tiempo de tanta medicación y cambios, todo se complicó con el alcohol.

Nos hicimos responsables de un fármaco que era incompatible con el alcohol, pero no pudimos impedir que bebiera y un bloqueo del hígado le llevó a estar

internado unas horas en el Hospital Clínico con un coma etílico. No lo supimos. Sólo cuando había pasado, nos lo contó entre bromas.

La tela de araña nos iba envolviendo, atrapados entre médicos, alcohol y una medicación que se niega a tomar, simulando hacerlo. Tenía gran habilidad para engañarnos.

Cambiamos varias veces de médico porque nos parecía que no nos daba soluciones o no estábamos de acuerdo. Los continuos fracasos hacían, por otra parte, cada vez más difícil llevar ese caso y la capacidad de comprensión y paciencia tienen un límite para todos.

A pesar de saber que no le daban un remedio eficaz, le supliqué a un psicólogo que le atendiese. No pedía ni esperaba que le curara, sino simplemente que mantuviese un contacto profesional en caso que se escapara de casa, como ya había empezado a suceder.

Las últimas palabras de un médico fueron duras nosotros: «Si él no quiere, no podemos hacer nada.»

Se hicieron frecuentes los ingresos en Urgencias ;accidentes, gastritis y afecciones pulmonares. Ya se presentaba en urgencias como en su propia casa.

En cierta ocasión llegó a casa asustado con una bronquitis asmática y fiebre alta. Llamamos al médico de urgencias, le recetó reposo, medicación y recomendó su ingreso inmediato en el hospital si volvía el ahogo. Aún no había salido de casa el doctor, cuando Riky salía tranquilamente a la calle. Esta vez al doctor le costaba creer lo que estaba viendo. Con la calma que la experiencia me iba dando, le expliqué al médico que era un TLP y, como tal imprevisible.

Cuando le llegó la edad de la «mili», no había medio de convencerle de que tenía que presentarse. Para él eso carecía de importancia. Hasta el último día no conseguí que hiciese los trámites necesarios para librarse, como él decía entre bromas, «por loquero».

Después de vivir así durante años, me fui acostumbrando a escribir cada semana las variantes de su enfermedad. Me costaba aceptar errores, no saber si lo hacía bien, no culparme.

Con el tiempo te vas acostumbrando a hacer distintas actividades, pero tu corazón está siempre a su lado.

Razón y sentimientos

Su sensibilidad a flor de piel, le hace reaccionar rápidamente para evitar que le hagan daño. Pretende vivir sin rechazos -un imposible- no acepta cualquier falta de afecto, real o imaginaria. El mundo que pretende o que necesita es una verdadera utopía que choca continuamente con lo que vive.

Conoció el rechazo, hasta negarle el saludo, la frialdad de quien desprecia el dolor ajeno. La convivencia con él es difícil y has de aceptar cosas como éstas:

-Varias veces en una noche, sale a comprar tabaco a cuatro kilómetros del pueblo, un paquete cada vez .

-Tardes enteras delante de la televisión, sin saber lo que está viendo. Simplemente está allí.

-Quiere parecerse a su hermano y se pone su ropa, dos tallas menor que la suya.

-No controla gastos y cree que le engañan, que todos ganan mucho más.

-Pretender hacer pesca submarina por la noche, sin linterna y, dentro del agua, darse cuenta de que no ve nada.

-Bañarse en la piscina -descubierta y sin climatizar- del club de tenis en pleno invierno, a las diez de la noche, entrando después en la casa ,pidiendo un café caliente por estar helado de frío. Durante varios días y a la misma hora repite el mismo ritual ante la incomprensión y asombro de las personas que lo atienden.

-Dialogar mucho rato sin que se le pueda seguir una conversación lógica, tocando varios temas, sin ninguna conclusión.

-Recibir una llamada de la comisaría donde le tienen detenido con su moto, por haberse saltado varios semáforos en rojo. Sólo tenía prisa por llegar al gimnasio. Pero, como es lógico, creyeron que iba en una moto robada.

-Ir a la policía en plena noche para denunciar que le han robado la mochila y quedarse asombrado el policía al ver un chico bien vestido y educado durmiendo en un banco de Atocha, en Madrid. Se había escapado de casa .

En fin, las razones que da para sus anomalías son también extrañas. No acude a la boda de su hermano al que quiere con locura y la razón es : Que se asusta porque teme no saber dónde ponerse, cómo vestirse, donde firmar como testigo...

Para toda la familia fue muy duro el soportar su ausencia. Al llegar a casa, 24 horas después, encontramos un largo mensaje en el contestador. Era un mensaje incoherente en el que pedía perdón. Su «resaca» la conocimos al día siguiente: se había ido a refugiar a casa de un matrimonio amigo, que comprendió su soledad, soportó su llanto y los efectos de la borrachera en la que volcó su miedo y su pena.

5. Trabajo

Quería y debía sentirse útil, ganarse la vida sin ser una carga para nadie, tener un sueldo digno, un seguro y su independencia.

El primer escollo y, al mismo tiempo reto, era el no tener la preparación suficiente.

La mejor solución parecía el que trabajara en el negocio familiar, pero enseguida empezó a compararse con los demás y a sentirse juzgado. Por otra parte, su falta de constancia en unos momentos y el esfuerzo y la tensión que él mismo se creaba en otros, complicaban las relaciones laborales.

Todo lo iniciaba con gran interés, pero empezó a tener celos, asomaban las paranoias que calentaban su imaginación, no sabía administrarse. Su misma exigencia personal -también exagerada- para alcanzar un perfeccionismo enfermizo, el miedo a que le tuvieran que reprochar algo, creaba a su alrededor un estado de tensión. El mismo que él quisiera evitar. Para hacer las cosas mejor se

empeñaba en cumplir al pie de la letra hasta los más mínimos detalles. Se tomaba dos cafés seguidos para hacer las cosas mejor. Pero conseguía el efecto contrario. Contagiaba su angustia. Los que trabajaban con él no podían entender que sin esa constante tensión no hubiera podido controlarse y poco a poco acababa con la paciencia de los demás.

Se vestía muy correctamente y atendía a los clientes con una dedicación y un empeño escrupuloso. A veces les ofrecía una bebida sin venir a cuento, con el afán de desvivirse por ser amable.

Distribuía papeles, hacía recados. Pero, a pesar de ser un trabajo muy sencillo y estar de sobras capacitado para hacerlo, tenía miedo. Se preocupaba en exceso por cosas simples, limpiar los ceniceros, fregar los lavabos -siempre con el temor a que lo descubrieran haciéndolo-, dudando siempre de si lo que hacía era correcto o no.

Aunque cada uno defendía su trabajo, él pensaba que le engañábamos, que todos conspiraban contra él. Se sentía controlado, real o imaginariamente. Mientras que era él quien controlaba a todos, vigilaba y desconfiaba. Cualquier crítica o advertencia, por pequeña que fuera, le dolía en exceso. Nunca se sentía seguro.

Durante un verano trabajó en nuestro taller. A menudo rompía las piezas por apretar demasiado las tuercas. Tardaba en recoger el desorden que organizaba. Salía pronto de casa con bocadillos para los trabajadores, con el afán de ser su amigo y darles ejemplo. Por el mismo motivo, regresaba a casa el último. Se quedaba voluntariamente al mediodía, sin comer, para hacer méritos. En fin, que acabó agotado inútilmente.

Por consejo médico y por distintos motivos, la mayor parte imaginarios o provocados, deja el trabajo del negocio familiar en varias ocasiones. Le resulta imposible soportar tanta tensión. Se enfadaba muchísimo si un cliente no le compra un coche, cuando él «se había esforzado tanto en atenderle».

Nosotros estábamos desconcertados, cuando volvía a intentar regresar al trabajo en distintas ocasiones y le admitíamos. Ignorábamos si aquello era una actitud

consentida o que realmente no estaba capacitado para ese trabajo. Nadie entendía nada . Con un TLP hay que saber que pasa y porque, tener mucha paciencia y quererle por encima de todo.

Hace de mensajero, lo soporta un solo día.

En vista de los nuevos fracasos, varios amigos le ofrecieron trabajos sencillos con el fin de ayudarlo. Pero enseguida se cansaba de todos. Por otra parte, debía faltar a menudo por sus visitas al psicólogo, dos veces a la semana. En otras ocasiones faltaba varios días por crisis pasajeras de depresión.

El mundo laboral es muy duro. No es un colegio. Allá habían comprendido su problema y aceptaban sus faltas. Ahora eso no se concebía para cualquier tipo de trabajo serio, no podían permitirse aguantar sus debilidades.

Quiere buscar trabajo en la calle, por su cuenta; pero no lo encuentra. Generalmente son trabajos marginales que no le interesan. Se siente muy mal y llega a pensar en la prostitución como única salida posible... Al menos, con esa idea nos amenazaba.

Le queríamos ayudar y volvía siempre al negocio familiar, pero eso le humillaba. Se creía compadecido.

En cuanto alguien parecía que le iba a dar trabajo, al enterarse de su currículum médico, se asustaba y se volvía atrás. Los empresarios ya tenían bastantes problemas para asumir otro mucho mayor. Él iba dándose cuenta de que todo el mundo se lo quitaba de encima.

Fue entonces cuando, por ese ansia de libertad y de independencia que no le podía dar el trabajo, huye de casa. No quiere ocasionarnos más problemas.

La agencia de detectives a la que recurrimos, lo encuentra al cabo de diez días, le anima y le ofrece un trabajo, conociendo su situación.

Allí estuvo un año, el período más largo de aparente normalidad. Parecía gozar ya de cierta independencia. Inevitablemente -como supimos después- se metió en un montón de líos, no quería pedir ayuda a nadie y fue aguantando, hasta llegar al

borde de la crisis. Llorando y suplicando, volvió a pedir nuestra ayuda, atención y cariño. No podía más.

Intenta volver al trabajo familiar o reanudar sus estudios, pero sin éxito cada vez. Entonces dice que necesita descansar y regresa a su aislamiento y a sus complejos.

6. Alcohol y drogas

La caída...

Como ocurre en ocasiones cuando las vidas empiezan a estar descontroladas, y sin aparente solución. Mi hijo entró en este duro mundo de alcohol y drogas.

La droga les atrapa destruyendo poco a poco su cerebro y conduciéndoles a la degradación, la locura y, lentamente, hacia la muerte.

Mercaderes de la droga, de la muerte en vida, se nutren sin conciencia de la miseria para producir y traficar, utilizan la debilidad, el vicio y la corrupción para extorsionar y arruinar hasta el agotamiento.

Destruyen lo mejor de este mundo: la juventud, el futuro, la familia.

Nando ha muerto, solo, enfermo.

Severo sigue perdido, no quiere ayuda; sólo dinero para colocarse. Hace años que no tiene contacto con su familia.

Miti murió.

Joel se ha vuelto loco...

Ellos y sus familias siguen sufriendo, luchando, recordando.

Aunque hayan vencido, quedan marcados. ¡Cuesta tanto olvidar y perdonar!

Verdaderos héroes que siguen luchando, recayendo y volviendo a superarlo, convirtiendo su vida en un reto por sobrevivir...

Desde ese momento, tanto su vida como la nuestra acabaron de complicarse.

No teníamos experiencia, como muchos no nos dimos cuenta, al principio.

Presentía algo y no sabía por dónde empezar. Cada vez que intentaba el diálogo y entrar en su mente, su mundo. Veía que se iba cerrando más, se hacía más inaccesible y se iba apagando la poca esperanza que aún me quedaba.

De forma puntual, aumentaron los problemas grotescamente. Para él el alcohol y la droga eran una manera de evadirse de tantas angustias. Y lograba que aumentaran sus problemas como vistos a través de una lupa. Sólo con esos excitantes podía huir, por momentos, de sus miedos. Alguien, le vendió la gran mentira. Se aprovechó de su angustia, debilidad y enfermedad.

Él jamás fue capaz de decir no a nada ni a nadie, se dejaba influir con tanta facilidad, que cayó en las redes de aquellos a los cuales les interesa aumentar el círculo de muerte con tal de ganar el dinero que necesitan y los mantienen encerrados en él. Hicieron con mi hijo lo que quisieron y él no supo defenderse ya que siempre había actuado impulsivamente.

Entonces fue imposible e inútil darle consejos. Había entrado en otro mundo y no sabía escuchar. Interpretaba lo que le decías de otro modo distinto y desenfocado.

Hasta ahora su mente era débil, pero suya. Desde que entró en el mundo de la droga, su mente no le pertenecía. No pudo ya controlarla.

Su caída fue en picado. Fui viendo como se iba marginando cada día más. Detectaba que era más vulnerable. Se escondía mientras yo reforzaba una protección que en ocasiones me aceptaba y la mayoría de las veces conseguía burlar.

Desde ese momento podía ser aún más imprevisible. Salir de casa con una ropa y regresa con otra generalmente vieja. Drogado o borracho era el payaso, el títere que se ponía en evidencia. Consciente de que hace el ridículo, es incapaz de evitarlo.

A veces me entristece la idea de que quizás indujo a otros a la droga como antes habían hecho con él.

Empezó como muchos ,probando porros..... Inofensivo para algunos ,que incluso alaban su consumo, pero desencadenante de cualquier crisis o patología en la persona predispuesta a una enfermedad mental o crisis nerviosa .Los que están afectados por un TLP - cuya patología incluye el consumo de sustancias , o son propensos a las adicciones (juegos, sexo, drogas, comida...) - caen más fácilmente en ese mundo y tienen lógicamente más dificultades para salir de el.

Descontrolado tras un porro, una bebida o varios cafés añade a todo ello pastillas, ácidos, cocaína, vitaminas... Cualquier cosa que le estimulase o hiciera olvidar la realidad. El problema no era con qué se drogaba sino la razón por la que lo hacía ; calmar su ansiedad, vencer sus miedos, su vacío y angustia , buscando a través de las sustancias el valor y la evasión para enfrentarse a cualquier situación.

En nuestra casa se había introducido otro mundo de dolor y angustia: robos, mentiras, violencia, borracheras, lloros, noches de ausencia, ropa destrozada, llamadas silenciosas o anónimas, amenazas, deudas, peleas, arrepentimientos...

Robó la tarjeta visa de su hermano. Empezaron a faltar joyas, cubiertos, trofeos, dinero. La droga lo convirtió en un ser extraño, triste y solitario. Desesperado.

Para calmar la ansiedad abusa del tabaco, que destroza sus pulmones. Otra droga «legal» que le envenenaba con su dependencia. La droga despertó la enfermedad dormida, aumentando sus debilidades al 100%.

A veces el instinto de protección nos hacía huir de él, separarlo de nuestras vidas, o defendernos de su locura. Me dolían terriblemente sus ausencias, pero también temía mucho sus regresos. Se llega a estar agotado y se necesita defender la vida familiar de la dependencia a la que nos iba sometiendo. Al mismo tiempo, mi hijo seguía siendo aquel ser débil, vulnerable, temeroso.

Mientras podía robar en casa, no entraba en el mundo de la delincuencia. Él mismo, arrepentido y lloroso decía:

-Papá, te he robado, ¿me vas a denunciar?

Las circunstancias dolorosas se sumaban, sin la posibilidad de compartirlo. Nuestra casa había entrado en una fase de continuo sobresalto. Consumía droga de forma compulsiva. No la necesitaba ni tomaba habitualmente.

Gastaba su paga en dos días, cayendo más bajo por momentos y destrozando en unas horas la labor terapéutica de meses.

De nuevo había que volver a empezar a luchar con otros síntomas: medicación, visitas a médicos... para ordenar su mente, encontrar la forma de que recobrar el equilibrio. Se lograba de vez en cuando, pero era andar siempre por la cuerda floja.

Cuando las drogas entraron en su vida, la mía se vino abajo. Estaba en vilo día y noche. Lo veía salir bien de casa y me preguntaba con angustia, ¿cómo volverá?

Lo veíamos llegar con los ojos irritados y enrojecidos, la mirada vidriosa. Nos producía una pena inmensa que no puede comprenderse si no se pasa por ello.

Los problemas continuaban. Amenazado por las deudas, al final tuvimos que pagárselas nosotros. Hay quien se aprovecha y aumenta el valor de lo robado, engañándonos. Nosotros nos dejamos engañar... ¿cómo vamos a discutir su razón?

Éramos conscientes de que todo se iba reduciendo: la ayuda, el contacto, el futuro, la ilusión y la esperanza. Todas las puertas se iban cerrando.

La impotencia...

No sé bautizar con otro nombre lo que se siente cuando además del sufrimiento personal y familiar de ser TLP , entras en ese infierno de la droga.

Todo aparece confuso. Los pocos datos que antes teníamos para juzgar su conducta, ahora se habían emborronado.

Intenté volver a empezar desde cero en la lucha por salvarlo, por reconstruir el castillo de naipes en el que se había convertido su vida. Todo parecía inútil, siempre fallaba algo. Ya no distinguía sus problemas de personalidad de los que se derivaban del consumo de drogas que, por otra parte, él siempre negaba.

Empezamos a sufrir una marginación enmascarada. A pesar de que reconocía todo lo que mi hijo hacía o dejaba de hacer, sufría muchísimo cuando veía que lo juzgaban despiadadamente. Lo trataban de imbécil, gamberro, desgraciado, borracho y drogadicto. Nadie se molestaba en disimular ya su rechazo. Oía continuamente frases como: «No valora nada porque lo tiene todo», «sus padres no han sabido educarle»...

¿Debía sentir vergüenza por tener un hijo enfermo? ¿Tenía que esconderlo? Me parecía que nadie escuchaba y menos entendía. Nadie conocía su trastorno, ni había oído hablar de él. Daba la sensación de que me había inventado una excusa para justificar su conducta. Había llegado todo demasiado lejos.

Agotada de llorar, me quedé sin fuerzas para hablarle o convencerle de algo. Llegué a un estado de apatía en el que actuaba por inercia, como una máquina. Me había endurecido de tanto sufrimiento. Como si una nube de dolor me hubiera anestesiado ante la terrible realidad.

Me acerqué a Dios y le pedí fuerzas una y otra vez para seguir luchando, intentando salvar a mi hijo. Eran oraciones cortas, pero resumían mi agotamiento, mi impotencia y mi desconcierto.

Algunas frases que oí a mi alrededor me producían un terrible dolor por él y por todos nosotros: «no se puede tener todo».

A mí me parecía que, sin mi hijo no tenía nada.

7. La terapia: en un centro de toxicómanos. Barcelona '92

Dudamos mucho de llevarlo a un Centro de Atención a los Toxicómanos (CAT). No se le podía catalogar como adicto, su consumo esporádico era una etapa más de su enfermedad. Consumía cuando una situación se le hacía demasiado difícil, sufría una crisis en su trastorno o la fácil influencia de malas compañías lo utilizaban, drogándose a su costa.

El enviarlo a un centro en donde se viera rodeado de toxicómanos, ¿qué influencia tendría en su trastorno? ¿Cómo reaccionaría?. Sabíamos que era capaz de saltarse todas las normas.

Optamos por el que nos pareció más rígido. Tomamos la decisión aceptando riesgos y esperanzas.

A los tres días se quería ir y lo dejaron salir con el dinero justo para el billete del autobús, a unos kilómetros de Barcelona y le dijeron que era libre para seguir luchando o abandonar. Me llamó, no lo acepté en casa y se vio obligado a volver al centro aquella noche.

Así vivió, aislado de nosotros y de todo contacto exterior durante unos meses. Una llamada por semana y alguna carta era todo lo que nos dejaban utilizar para comunicarnos durante este tiempo.

Su vida estaba organizada y controlada. De momento parecía que era feliz.

Aprendió a compartir, a desahogar sus angustias, a comprender sentimientos propios y ajenos, a superar vergüenzas y miedos, a responsabilizarse, valorar, expresar...

Aunque pasó por momentos muy difíciles, se esforzó durante las veinticuatro horas del día en el trabajo, en las terapias de grupo. Allí vivía protegido, entre amigos, se sentía comprendido y querido. Intentaba, al mismo tiempo, aprender de otros fracasos.

En el centro debía pasar por distintas fases y asumir consecuencias.

Poco a poco empezó a preguntarse por qué le costaba tanto pasar de fase y sufría más consecuencias que otros. Incluso llegó a pensar: «¿qué hago yo aquí si no soy un drogadicto?»

Allí estaba seguro, con un terapeuta que le podía atender las veinticuatro horas del día. Un trabajo que favorecía la convivencia, donde se aprendía continuamente esas lecciones importantes de la vida como es reforzar los valores humanos perdidos, saber negarse a las tentaciones. Observando el sistema educativo de aquel centro, me he preguntado muchas veces: ¿por qué no se inculcan más estos

valores en los niños de hoy?. Es básico para que tengan firmeza de carácter en el momento de saber decir no a la droga o a lo que sea necesario.

La disciplina del centro les ayuda aunque en ocasiones les cueste muchos sacrificios.

Estando en Barcelona y en plenas Olimpíadas del 92, no les permitieron salir ni ver la televisión.... Vivieron ese gran acontecimiento sabiéndose aislados y tan cerca de todo ello. Ejercicios constantes de autocontrol, de renuncia, pruebas de dominio de los propios impulsos. Ni una aspirina para calmar el dolor.

Algunos son expulsados porque vuelven a caer y no son capaces de llegar a la fase final. Y ése era el temor de Riky: saber si podría ser capaz de llegar hasta el fin de la terapia y, sobre todo, si luego podría defenderse en el mundo de angustia que le esperaba fuera.

De esos meses del CAT (Centro de Atención a Toxicómanos) guardo una carta emotiva y llena de significación para nosotros:

6 de junio de 1992

Para empezar, y siendo tan poco original como siempre, os quiero hacer llegar que cada día que pasa veo que os quiero muchísimo a todos, dejando aparte el que veo que os he estado apreciando toda la vida, aunque había momentos que por mi falta de personalidad me dejaba llevar.... Esta falta de personalidad y conciencia de mí y de la vida es lo que estoy aprendiendo aquí a superar, y sé que todo lo que estoy aprendiendo es como una nueva experiencia, la de una familia («deseo») que espera recuperar a alguien que realmente va a dejarse, si hace falta, su vida.

¿Os doy una noticia? Sí, sí, sí y siempre será sí. Estoy ya en la fase media. He estado hace dos días realizando mi primer «grupo» largo -veinticuatro horas sin parar de terapia-, de ejercicios para vencer vergüenzas, miedos; de confrontaciones, de hacerte ver por dónde fallas y por dónde has de confiar, de irte sacando, mediante técnicas, el dolor producido en la vida anterior que deseo cambiar.

Fue lo más duro que he hecho en toda mi vida. Pero lo duro tiene su recompensa y veo que va siendo así. Me estoy dando cuenta de que me siento mucho más suelto que cuando os vi por última vez. Dicen que no es la aspirina que lo cura todo, pero te ayuda a salir y confiar con más fuerza que nunca...

Mamá:

Lo tuyo ha sido estar al pie del barco todos los días; y no hay palabras, ni cariño para transmitirme lo mucho que me has ayudado. Si me escribes, me encantaría saber de tu espalda, de los bocadillos de queso, etc. (censura). De tus momentos de soledad y tranquilidad (que son difíciles de encontrar y que tú sabes que están allí y de poderlos compartir contigo), de tu familia, madre, hermanos, etc. De tus alegrías (paseos, tú, familia) y de tus tristezas, que sabes que te has hecho como la Dama de Hierro, y me gustaría fundirme contigo toda la vida. (Es la pura verdad. TE QUIERO.)

Papá:

Ídem «Ghost» (Lule o Tati o Cuca) le explicáis. Sé que dentro mío (ha sido gracias a ti) mis aficiones, mis alegrías, han sido las que me han ayudado a tirar hacia delante. Ese cariño que he recibido en todo momento ha venido dado por una persona sensible y cariñosa, fría y calculadora, de alguien que le ha costado muchísimo estar donde está (y ahora que estás leyendo estas líneas, lo que más deseo en el mundo es estar contigo viendo cómo las lees, con gafas o sin ellas)...

HAY UNA COSA EN EL MUNDO QUE NUNCA VA A CAMBIAR: ¡OS QUIERO!

Riky

Estuvo dieciocho meses. Se había escapado en varias ocasiones. A veces sólo unas horas, o unos días. Estaba asustado, y empezó a tomar café (estaba prohibido en el centro el consumo de cualquier excitante). Cuando las situaciones de huida se repitieron, lo expulsan del centro.

Como no había terminado la terapia había que ser fuerte con él y negarle la entrada en casa. Pero eso era para nosotros una de las mayores pruebas. Me costaba tremendamente ser fuerte y cerrarle la puerta, aunque sabía que era por su

bien. Habiendo aceptado con nuestra firma seguir unas normas, dictadas por profesionales en los que confiamos su terapia de deshabituación . No podía razonar la relación de expulsión por consumir un café- un castigo brutal por algo que hacemos muchos cotidianamente- No entendía el mensaje.

Nos decían que debía tocar fondo para que él volviera voluntariamente al centro. Pero yo pensaba, «¿dónde está su fondo?, ¿cuál es su límite?» ¿Cuál es su razonamiento?. Y eso cuando, a lo mejor, llamaba a las tres de la madrugada diciéndote: «Tengo frío, estoy cansado, tengo hambre.»

De nuevo siguió bajando escalones en su des-estructura personal. No atendía a razones. No sabía cambiar.

Asustado, acaba buscándose la vida en la prostitución para poder dormir y comer. Y así fue localizado, ejerciéndola en un piso de lujo o en las Ramblas en pensiones baratas, en un submundo de prostitución marginal... Le drogan para que aguante tanto esfuerzo y tanta humillación. Tiene muy claro, eso sí, que no quiere robar ni hacer daño a nadie. Teme mucho el ir a la prisión... Y por eso decide «buscarse la vida» ante la alternativa de volver al centro o quedarse en la calle.

Sabiendo que no razonaba y que de nada servían lo que creíamos que eran «escarmientos», lo buscamos, lo introdujimos de nuevo en el hogar, aceptando su fracaso. Su nuevo fracaso.

8. El último escalón

Huyendo de todo...

No se perdonaba su última derrota ni creía en el perdón de los demás. Actuaba con miedo, como si siempre tuviese que estar pidiendo disculpas.

Tenía necesidad de explicar su vida a todo el que quisiera escucharle. Incluso avisaba de lo que era capaz de hacer.

Se dio cuenta de que todo medicamento y toda terapia fracasaban en él. Eso le sumió en un profundo pozo del que no quería o no podía salir. Se había cansado de luchar...

El pozo se fue haciendo cada vez más profundo y el caos mental y personal fue aumentando. Creía que huyendo de las cosas resolvía algo, pero escapaba de todo menos de sí mismo.

De nuevo se fugó y no supimos a dónde. Lo buscamos desesperadamente, tuvimos que poner una denuncia con los correspondientes certificados médicos que confirmaran su trastorno mental.

Mientras, nos planteamos todo el mundo marginal en el que podía haber caído. Con su foto, acudimos a los hospitales para descartar un posible suicidio o accidente. Cada vez que sonaba el teléfono o la puerta, nos sobresaltábamos. Es duro vivir así, solo en Dios encontramos la fuerza necesaria para soportar tanta angustia y aceptar su voluntad.

Nos preguntábamos, «¿qué más podíamos hacer?», la única respuesta era «esperar».

Tras la búsqueda por parte de la policía y detectives privados, se le encuentra .

Cuando lo fueron a buscar, estaba deshecho. Estuvo las dos horas de viaje que le separaban del hogar, abrazado a su padre, llorando y temblando de hambre, cansancio, vergüenza y arrepentimiento.

Estaba desconcertado y quería agradecernos el que lo siguiéramos queriendo. ¿Cómo no íbamos a quererle?

Me abrazó fuerte al llegar. No hubo palabras, no eran necesarias. Sólo hubo lágrimas.

9. Independencia

Tuvimos que tomar una decisión: que saliera de casa. Le alquilamos un pequeño apartamento y le quitamos las llaves de nuestra casa.

Coincidió este hecho con su trabajo en la agencia de detectives, después de su fracaso en el CAT y una huída de diez días.

Necesitábamos todos un poco de paz. No queríamos más sobresaltos, llamadas anónimas, robos, etc.

Trasladó sus cosas al apartamento, que al poco tiempo se convirtió en una leonera. Un pequeño mundo personal y caótico. Yo sentía una pena inmensa pero debía disimular por el bien de todos. Lo controlaba a distancia. Era difícil darle la libertad que reclamaba y que nosotros necesitábamos recobrar.

No ignorábamos que era incapaz de mantener las cosas con constancia.

Cuando estaba mal no se ocupaba de las cosas más elementales y la casa era un verdadero caos. Perdía las llaves del piso, dejaba la puerta abierta, se olvidaba de tirar la basura. Dejaba la lavadora sin sacar la ropa días enteros; olvidaba cerrar los grifos, utilizaba los productos de limpieza como le parecía. No había control de facturas telefónicas. No había control en nada. Vaciaba los armarios dejándolo todo en el suelo. Mezclaba lo sucio, lo limpio, colillas, ropa mojada, comida... Yo intentaba estar al acecho y arreglar sus olvidos y sus carencias, sin que él lo notara demasiado.

Tampoco aceptaba la ayuda de una asistente. Las despedía a gritos el día que se le cruzaban los cables. Las asistentes le temían y no querían volver...

Yo no podía evitar que se diera cuenta de que estaba encima de él, y eso aumentaba su enfado. Se quejaba de estar recibiendo apoyo y de que no le dejáramos ser independiente. Pero en cuanto le dejábamos ese espacio de libertad y responsabilidad, se agobiaba, no era capaz de organizarse y pedía ayuda. Después de haberse enfadado mucho porque le estorbaba mi presencia, me llamaba agradeciendo lo que hacía por él.

Tenía que soportarlo y acostumbrarme a ese complejo juego de contradicciones, enfados y agradecimientos.

En momentos de serenidad era capaz de llevar bien su casa y controlarlo todo; lavaba la ropa, la tendía, la planchaba, limpiaba y sabía guisar.

Lo que había que temer, y lo que impedía que tuviera autonomía eran esas fases con distintas manifestaciones anormales que le impedían vivir solo y hacían insoportable la convivencia. ¿Qué solución había para tanta angustia?

No estuvo solo, ni se quedó en la calle. No llegamos a perderle como muchos padres que no saben qué ha sido de sus hijos.

Tuvimos suerte. No sé hasta cuándo hubiera durado.

10. La moto

Fue una de sus grandes obsesiones. Por ella, vivía, se transformaba y era feliz.

Subido en una moto se sentía más seguro. Era su meta.

Para poder conseguirla dejó la bebida, tomó la medicación, obedeció y ahorró. Sabíamos que era un riesgo y un peligro. Pero ante cualquier decisión que debíamos tomar, nunca tuvimos garantías de acertar y de saber qué era lo mejor para él. De modo que -a riesgo de equivocarnos- asumimos la responsabilidad, conociéndolo. Cuando han pasado las cosas y lejos de una realidad que te golpea cada día es muy fácil opinar...

Éramos conscientes del riesgo que era tener una moto en sus circunstancias. Para nosotros un sobresalto continuo. Un día me dice : «Mamá, ha sido fantástico; en una curva ,la oreja casi me tocaba al suelo.» Otro día, al acabar unas carreras de motos, en Montjuic, se introdujo en el circuito y empezó a correr, feliz de sentirse único ante los aplausos.

Una noche por una avería ,viaja 200 kilómetros sin luces. A pesar de que un amigo le aconseja que no lo hiciera, que es una imprudencia, él hace caso omiso y se marcha tranquilamente. En cierta ocasión vimos sus sábanas ensangrentadas. Yo alarmada, le pregunté qué es lo que había pasado. Se había caído en un camino veinticuatro horas antes, pero no le había dado importancia y casi no podía andar. Se puso furioso porque le obligué a ponerse la inyección del tétanos. La mayoría de las veces no prevé la gasolina y acaba tirado a varios kilómetros de casa. La Guardia Civil estaba acostumbrada ya a verlo pasar solo, de noche, con el casco

bajo el brazo caminando los dos kilómetros de bosque hasta casa. La razón era siempre la misma: se le acabó la gasolina.

Se obsesionaba y lo único que hacía era correr de un lugar a otro gastando las ruedas en dos días.

Le robaban a menudo piezas que él sabía recuperar; conocía talleres que se dedican a comprarlas robadas y con poco dinero, la iba reconstruyendo de nuevo.

La moto, que tanto le ilusionaba y que nos hizo dudar, fue la causa de numerosos problemas y de su muerte a los 26 años.

«Quiero que seáis felices, os lo merecéis», nos había dicho aquel día. Entonces no sabíamos que iban a ser sus últimas palabras dirigidas a nosotros.

Unas horas más tarde, moría víctima de la lluvia, la moto y su destino.

11. El final

Acababa de pasar una semana hospitalizado en un centro médico para desintoxicación, relajación y control. Pensamos que era mejor para su descanso y el nuestro. Nos costó convencerle, pero a los cuatro días, se marchó sin avisar, sin la medicación y pasando por el bar para tomar un par de cervezas.

Yo le decía muchas veces: «tienes un ángel de la guarda que debe de estar agotado».

Me aconsejaban que lo dejara, pero yo no podía seguir sus consejos. «¿Cómo voy a dejarlo si es parte de mí»? Y buscaba fuerzas y excusas para seguir manteniéndole y manteniéndome a flote.

Decidió al fin pasar una temporada solo en el pequeño pueblo de Calella, junto al mar, donde teníamos una casa.

Recuerdo sus últimos días como el presagio de algo. Eran días de diálogos equilibrados, de sueños y proyectos de futuro que parecían sinceros y creíbles. Nos decía que pensaba buscar trabajo de monitor en una ONG, donde pudieran

entender su conducta; que no le importaba no cobrar nada con tal de ser útil a los demás, «a otros que tengan más problemas que yo».

Fue una despedida lenta que nos dejó un sabor agridulce. Dejamos cualquier otra actividad para poder acompañarlo, y él nos ofreció su presencia tranquila con más momentos buenos que malos. Alguna que otra noche descontrolada que nos hacía permanecer en vela, agotados, en espera de lo que pudiera ocurrir al día siguiente. Durante aquellos días nos comentó cosas del pasado y solía decir bromeando que algunas de ellas «mejor no conocerlas; son demasiado fuertes».

Como había hecho en otras ocasiones, se marchaba a cualquier hora del día o de la noche a casa de amigos suyos o nuestros. No tenía conciencia de estorbar. Era más imprevisible que molesto. Lo aceptaban como a un niño perdido y desorientado que necesita afecto. Le escuchaban y le daban cariño, porque, se hacía querer.

Se sentía mejor allí, en un pueblo hay más tranquilidad. Sentados en una taberna típica, una mujer que supo escucharle nos dijo que, aunque habló con él pocas veces, se le quedó grabada su sonrisa franca y aquella sinceridad de un ser bueno e indefenso.

Con su padre compartimos los tres algunos fines de semana tranquilos, otros tristes y tensos.

El último fin de año cenó con nosotros, se presentó en el restaurante totalmente descontrolado, comió casi con las manos. Luego cogió precipitadamente tres paquetes con las doce uvas y se los guardó en el bolsillo, saliendo apresuradamente hacia casa. Lo seguimos con una gran tristeza. Ya era difícil y sin sentido tomarse las uvas a las doce. Nuestro coche fue siguiendo al suyo, sin que nos atreviéramos ni a hablar. Así empezamos el año, sin buenos deseos, felicitaciones ni fiesta. No estaba el ánimo para eso.

Fue la última noche que dormimos con él en aquella casa. Al día siguiente nos cambiábamos a otra en el centro del pueblo. Allí no tendríamos la soledad del

bosque que se nos hacía insoportable. Él no quiso venir con nosotros. «Estáis mejor sin mí» -nos decía-, no os quiero molestar, merecéis tranquilidad y ser felices.»

La víspera de Reyes, una tarde fría y tranquila, acudió con nosotros como un niño, a ver la llegada de «Sus Majestades» al puerto pasando con él uno de esos momentos felices que nos devolvían por unos instantes la esperanza.

Aquel día, hablando de su futuro nos comentó que no quería volver a vivir en Barcelona, que allí en Calella se sentía mejor.

Dejamos el típico pastel de Reyes (con sorpresa) para el día siguiente cuando vinieran sus hermanos y, después de comer, cogió la moto y emprendió camino hacia Barcelona, diciéndonos que quería ver a una amiga. Equipado con su mochila y su casco, se despidió. Aun recuerdo su sonrisa sincera y sus palabras: «Adiós, mami...»

Sentí una extraña paz, como si estuviera en el centro de un huracán, lo comenté con mis hijos: «Hay demasiada tranquilidad..... presiento algo.»

A las dos de la madrugada nos avisaban del accidente. Lo habían llevado al Hospital del Mar. Supe que ya no estaba entre nosotros, pero noté muy cerca de mí su presencia, y le hablé interiormente: «Ayúdame a vivir sin ti.»

No hubo nada que hacer, el golpe había sido brutal. La lluvia, unas rayas de pintura resbaladiza, una curva, un cambio de rasante y el bordillo de unos jardines... Quedó tendido en la hierba a unos metros de su moto destrozada. No hizo daño a nadie, no buscó su propia muerte.

Donamos sus ojos.

Unos meses más tarde dejé un ramo de rosas rojas, donde aún se notaba la hierba hundida por el peso de su cuerpo. Y me uní a él en la soledad de su muerte.

La víspera de su entierro lo sentí conmigo; y con él, sentí también la necesidad de escribir las palabras que leí antes de la Misa ante todos y ante Dios. Le prometí que su sufrimiento no sería olvidado. Una prueba de ello es este libro.

12. Aprender a convivir con él

...era una pura contradicción

¿Cómo describir lo que era mi hijo y nuestros esfuerzos por entenderle?

Trataré, solamente, de ir volcando en el papel una serie de recuerdos que unidos, puede ser que consigan llegar a dar a conocer algo de lo que es un *trastorno borderline o límite de la personalidad*..

Los síntomas de este trastorno se manifiestan entre el principio de la adolescencia y el total desarrollo hacia la persona adulta.

Atrapado en un círculo de distintas patologías, las fue rozando todas sin tener ninguna en concreto. Carecía de fuerza para romper ese círculo y reconocer las cualidades que de hecho tenía.

Las crisis aparecían de forma inesperada, con motivo o sin él y, como habían llegado, desaparecían. Eso nos hacía vivir en una continua tensión, y a él mismo lo descontrolaba. Le asustaban las imposiciones, el autoritarismo. Su polo opuesto.

Cambios continuos de humor: podía pasar de la serenidad a la crispación, sin previo aviso. Eufórico unas veces y otras deprimido, se mezclaban en él diagnósticos distintos.

En su mente había algo que, muchas veces, no le permitía distinguir entre la razón y las emociones.

Nunca se sabía si decía la verdad y la convivencia con él se convertía en una continua contradicción. La experiencia de lo vivido no servía para nada. Caía continuamente en los mismos errores. Pasaba de un extremo al otro sin término medio. En escasas ocasiones, conseguía el equilibrio : la normalidad.

Infinidad de veces lo encontrábamos con esa mirada vacía del que oye pero no escucha ni presta atención a lo que ve a su alrededor.

Interpreta la escala de valores a su modo. Lo que deseaba, tenía que ser conseguido de inmediato. Como si tuviera adición a todo... y su ansiedad se colmaba cuando conseguía algo, que rápidamente abandona con gran indiferencia.

Incapaz de controlarse y administrarse. Podía gastar de una manera compulsiva todo su dinero en tonterías inútiles quedándose sin lo que de verdad necesitaba. Regalaba sin motivo ni medida.

Descontrolado en sus instintos. Siempre en movimiento; llevaba por llavero un chupete. Le gustaba ir mordiendo algo.

En él todo era posible y sin ninguna explicación. Los que le queríamos, lo sabíamos. Como si fuera varias personas a un mismo tiempo. No era más que un niño grande con el corazón en la mano, que a veces hacía daño a los demás, sin pretenderlo.

Para el que no lo conociera su vida podía parecer tremendamente frívola y superficial. Pero era dolorosamente profunda.

Vivía sin proyectos, sin futuro.

Sus manos sudorosas, de angustia.

En su descontrol : Podía alquilar nueve vídeos para una tarde, cruzar la calle para hacer un comentario o explicar un chiste a un desconocido. Llenar sin lógica las maletas con cuatro zapatos distintos, dos cazadoras y un cepillo de dientes por toda indumentaria. Permanecer impasible ante un dolor físico...

Trabajaba más que nadie, deprisa y desordenadamente... Al no poder seguir ese ritmo, abandonaba enseguida cualquier proyecto.

Un paseo de bicicleta podía convertirse en un largo viaje sin rumbo ni fin. No tenía previsión del tiempo, de las energías, el agua, la comida. etc. Un esfuerzo que le hacía volver a las diez horas agotado y deprimido, porque sabía que los demás no acostumbran a hacer eso.

Otras veces mostraba una agresividad sin motivo que le convertía en un verdadero psicópata sin sentimientos que ofendía con crueldad. Sin emoción ninguna ante una muerte cercana o tremendamente sensible, no soporta sin lágrimas la ternura de unos dibujos animados.

Algunas veces con una sonrisa; te decía las ganas que tenía de llorar y no podía.

20 cafés para tomar 20 decisiones.

No hay responsabilidad en nada: documentos, multas... Capaz de un viaje sin sentido. Ignora el peligro como un niño pequeño: se podía tirar al mar desde la barca, yendo solo y sin parar el motor; sin saber esquiar, sube a la pista más alta, no sabe frenar ni girar, un verdadero peligro público que a él le hace gracia.

Podía ser aprensivo y sin embargo ignorar la gravedad de una enfermedad; fumar en plena crisis asmática, mezcla medicamentos contradictorios o con bebidas.

Capaz de engañar a cualquiera, con verdadera astucia, pero se deja manipular también con facilidad. No ve malicia en nadie.

Sin constancia ni voluntad, pero demostró tener una fuerza interior titánica para seguir luchando, y salir de la marginación en la que se encontró aislado tantas veces.

Eterno niño asustado, necesitado siempre de alguien que le frenara o controlara. Sus padres y hermanos, un psicólogo, un médico, un amigo.....

Queriendo huir de todo, jamás pudo huir de su peor enemigo: él mismo.

Lo tuvo todo y no supo qué hacer con ello.

A los 24 años su vida iba a la deriva, sus crisis eran cada vez más profundas, mayor el peso de los remordimientos.

Sólo buscaba y deseaba un poco de paz.

...y así convivimos

A través de mi hijo me he asomado al mundo de la locura, la marginación y la droga. Y sé cómo llega esto a destrozar a una familia.

He conocido el enorme vacío social a causa del culto que se rinde a la inteligencia, la perfección, la belleza, el éxito, el dinero, ser los primeros, los mejores...

La convivencia con la locura, me ha enseñado la hipocresía de una sociedad que pretende ocultar defectos, penas y dolor. Pretenden que pasemos como si no nos diéramos cuenta del que sufre a nuestro lado, con la cabeza muy alta para no ver nada y disimular continuamente. Aparentar para seguir viviendo.

¡Cuánta soledad y cuántas vidas destrozadas por tanto orgullo y vanidad!

La imperfección molesta.

Este egoísmo social daña a los más débiles, seres sensibles que sufren porque, para poder triunfar ante los demás, deben esconder su inseguridad, disimular sus errores, su imperfección. No pueden... y saben que no son aceptados. Aumentamos su inseguridad y sufrimiento.

Una sociedad, insensible y amoral que da la espalda a su propia conciencia, se rodea de "cosas" para tapar su vacío. Se esfuerza para lucir en todo. Hay que presumir de hijos perfectos. Y para ello, se esconden sus fracasos, se ocultan sus enfermedades. Decir la verdad no queda bien. Y menos cuando la verdad asusta. Ese gran misterio de la mente no interesa...

He conocido personas que amaron a mi hijo y apenas lo conocieron. Y otras que convivieron toda la vida con él y no han sabido quererlo.

Una lección de vida que no podemos olvidar: ser solidarios . Procurar entender a los más débiles para no rechazarlos y evitar que se sientan ellos rechazados. Hay que saber que hay personas que viven asustadas siempre porque están enfermas. Compartamos su dolor, hagamos, junto a ellos, un mundo más humano.

Quiero que mi hijo tenga el lugar que mereció. Se hundió porque no pudo hacer frente a las críticas, la ignorancia y la enfermedad. Era una gran persona pero sufrió terriblemente. Padecía un trastorno que afectaba a la convivencia y a las relaciones humanas y eso lo aisló. Espero que ese sufrimiento no haya sido en vano.

A mí, a pesar de todos los sufrimientos, me enseñó a enfrentarme con el dolor y a sentirme orgullosa de él.

Como madre quiero aportar mi experiencia para ayudar a unificar esfuerzos y conocimiento a favor de este tipo de enfermos y sus familias.

¡Hay tanto sufrimiento incomprendido! trastornos desconocidos, vidas ignoradas y perdidas entre nosotros.

Padres que se niegan a asumir el problema y así no pueden darle un tratamiento adecuado y lo fuerzan a una forma de vida que no puede seguir.

Personas enfermas que aceptan este trastorno, reciben regularmente ayuda médica, pero siempre disimulando y escondiendo una angustia que está mal vista.

Quizás no exista la solución en muchos casos. El problema es crónico y debemos saber cómo proteger su futuro, concienciar su entorno, informar y conocer las limitaciones, defenderlo de ellos mismos.

Jurídicamente hoy no se acepta el TLP, como atenuante de sus errores; se les juzga como si fuesen conscientes de sus actos.

Se necesita información, comunicación, integración, sugerencias... Centros de ayuda temporal, ayuda para las familias.

La dedicación a un hijo así absorbe mentalmente de tal modo que no queda tiempo ni ánimos. Sólo quien vive el tema sabe de lo que hablo.

Su mismo hermano me comentó al acabar de leer este escrito: «Si hubiese sabido más sobre su problema, le habría podido ayudar mejor.»

Cuando el agotamiento me paralizaba, deseaba que alguien me hubiera abierto un camino de esperanza para saber ayudar a mi hijo.

Quizás este camino exista. Yo no lo encontré o no supe dónde buscarlo. Con esta esperanza escribo.

